

## JOAN ROBINSON: «IN MEMORIAM»

JAVIER QUESADA  
Universidad de Valencia

“A veces me he preguntado si me he quedado sola.” (J. R.)

Ahora ya no hay duda de que la obsesión intelectual que persiguiera a J. Robinson a lo largo de su dilatada carrera no tiene más justificación que la de ver agotarse —a destiempo, como siempre— las baterías de su propia soledad. A principios del mes de agosto moría esta brillante economista a quien todos los profesionales del gremio debemos, directa o indirectamente, alguna cosa (1).

Quienes se formaron en la línea del pensamiento de Marx tropezaban con su *Ensayo* y con otros escritos que proporcionaban una crítica interpretación del marxismo ortodoxo que irritaba profundamente a los de aproximación más ideológica y doctrinaria. Y aunque Marx —exceptuando el presente año en el que se conmemora el centenario de su muerte— no recibe en la actualidad la atención académica del pasado, en los casos en los que se enseña es frecuente contar todavía con los frescos textos que Joan Robinson escribiera hace casi veinte años. La posición crítica de Joan Robinson —rechazando la utilidad e incluso la necesidad de la Teoría del valor— frente a lo que ella llamó marxismo de «boquilla», no ha sido compartida explícitamente hasta mediados los años setenta, tal y como se refleja en los trabajos de Bose y Steedman.

Aquellos que se educaron en la teoría keynesiana —la nueva ortodoxia de la posguerra— se encontraban con la enérgica protesta de una economista que no dudaba en apodarar de «bastardos» a los miembros de dicha escuela, por considerar que en el proceso de incorporación de las ideas de John Maynard Keynes éstas se habían desvirtuado sustancialmente. En el proceso de recomposición de la vieja ortodoxia —lo que en *argot* se conoce como el proceso de síntesis neoclásica— se diluye tanto el espíritu de la aportación de Keynes, que en la actualidad economistas de primera fila mundial releen públicamente la obra de éste, dando la razón implícitamente a Joan Robinson, quien ya advertía sobre dichos peligros desde más de dos décadas.

---

(1) Una biografía intelectual de Joan Robinson se encuentra en Harcourt (1982). Una amplia valoración de su obra en un extenso artículo de Gram y Walsh (1983).

El modelo IS-LM de Hicks se convirtió en contenido central de los cursos de macroeconomía en la mayoría de las universidades, a partir del cual se pretendía explicar el mensaje de la Teoría General de Keynes. El propio Hicks (2) ha reconocido recientemente ciertas reservas acerca del modo en que su modelo trata el equilibrio entre flujos y fondos. El argumento que sostiene la pendiente negativa de la función de demanda agregada es rechazado por Joan Robinson. Un descenso en el nivel de precios, se dice, sin que se altere el nivel de la inversión produce un crecimiento en la oferta de saldos reales que al producir un descenso en el tipo de interés estimula la inversión privada y con ella —a través del multiplicador— la renta y el empleo. Joan Robinson piensa sin embargo que un descenso en el nivel de precios en lugar de conducir indirectamente a un aumento en la inversión, producirá un deterioro en las expectativas de beneficios que no hará sino retraer la inversión, la producción y el empleo.

No pudo tener mejor maestro de debate Joan Robinson que el propio Maynard —así es como le llamaban en el círculo de Cambridge—, quien se mostraba comprensivo con los estudiantes que intervenían en sus seminarios y no dudaba en arremeter con una dureza implacable contra las argumentaciones de sus colegas universitarios. A juzgar por la experiencia del desaparecido Harry G. Johnson (3) —economista del lado contrario del espectro respecto de la escuela neo-keynesiana—, los economistas que sucedieron a Maynard en el mundo académico de la Universidad de Cambridge, y entre los cuales se encontraba Joan Robinson, junto con Richard Kahn entre otros, no compensaban su rigor analítico con una capacidad docente destacable.

La propia interpretación de Joan Robinson del keynesianismo no está naturalmente exenta de influencias ajenas a la figura de Keynes, y la más importante es sin duda la del economista polaco Michel Kalecki, quien desarrolló a partir del análisis de Marx una teoría de la demanda efectiva de rasgos similares a los de la del propio Maynard. Por ello distinguen los expertos entre la aportación de la vida y obra de Keynes y la doctrina elaborada a partir de esta última, siendo la interpretación y el desarrollo de Joan Robinson —junto con el del conjunto de la escuela neo-keynesiana— una de entre las diferentes líneas de investigación que ya no cuentan con la aceptación general del cuerpo de profesionales de la disciplina. Así, por ejemplo, frente a los que denominaron a los casi treinta años de la posguerra «la era de Keynes», J. Robinson argumentaba en sus propias palabras que «la revolución keynesiana todavía está por hacer, tanto en la enseñanza de la teoría económica como en la elaboración de la política económica», no ocultando

---

(2) Hicks (1980-1981).

(3) Johnson E. S and Johnson H. (1978).

su enérgica denuncia por el uso de los gastos militares como mecanismo de estímulo y estabilización de la demanda efectiva.

Pero la amplitud de áreas de la teoría económica o economía política en las que Joan Robinson contribuyó con aportaciones seminales es todavía mayor. Así, en primer término, los estudiosos de la teoría de los mercados se encuentran con la reconstrucción de la teoría marshalliana llevada a cabo en los años treinta por Chamberlin y la propia Joan Robinson a sugerencia de Piero Sraffa (4), economista de primerísima fila, de origen italiano y afincado hasta la actualidad en Cambridge —si bien retirado y ya con muy poca salud— desde que Keynes le consiguiera un puesto en la Universidad en los años veinte. Si bien es generalmente aceptada la obra de Chamberlin como la verdaderamente revolucionaria, la *Economía de la competencia imperfecta* (5) constituye una obra «escolástica» llena de ideas y sugerencias que contribuyeron a fundamentar la moderna teoría de los mercados con diferenciación de productos y los costes de publicidad. Esta línea de investigación fue muy pronto abandonada por Joan Robinson, quien se sintió más atraída por la incipiente revolución keynesiana por dos razones: porque mientras que en su libro Pigouviano «todo era deducción de supuestos marshallianos...», Keynes, contrariamente, estaba preocupado por los fenómenos reales —el desempleo— y trataba de encontrar una teoría que lo explicara» (6). Y porque no le satisfacía el tratamiento del problema del tiempo, tema que le llevaría más tarde a producir contribuciones originales sobre la noción del tiempo y la definición de equilibrio. En segundo lugar, quienes cursaban moderna teoría del crecimiento, de la acumulación y del progreso técnico, trataban en general de eludir la difícil lectura de la obra de Joan Robinson *La acumulación del capital* (7), libro del que tantos alumnos y profesores hablan y muy pocos leen. Su origen se gestó en el «seminario secreto», que consistía en una sesión semanal, los martes por la tarde, que desde 1949 hasta comienzo de los años sesenta reunía en el King's College de Cambridge a los economistas keynesianos que discutían temas de teoría económica, tratando de adoptar la doctrina de Keynes a un contexto dinámico, tal y como había apuntado Harrod en el año 1948. J. Robinson ensayaba sus argumentaciones en dichas sesiones, de las que se cuenta que los economistas que no contaran con un *pedigree* keynesiano tenían muy difícil acceso. Dicho sesgo ideológico escorado hacia posiciones izquierdistas ha constituido la base de ciertas reticencias del conjunto de la profesión hacia una escuela de pensamiento —los neo-keynesianos— que, en ocasiones, se

(4) P. Sraffa ha muerto estando este número en imprenta. (N. del Editor.)

(5) Robinson (1933).

(6) Robinson (1980), p. x.

(7) Robinson (1951).

preocupa más de si el análisis se mantiene fiel a la doctrina del pasado (sea ésta la de Ricardo, Marx, Keynes e incluso Sraffa) que de si se puede concebir una aplicación práctica y concreta a la realidad económica. Y esta actitud resulta un tanto paradójica frente al proceder del propio John Maynard Keynes, de quien se dice que él primero desarrollaba sus argumentaciones para a continuación establecer qué economistas del pasado y del presente merecían el reconocimiento y cuáles eran culpables de los errores de la teoría vigente. De hecho, alguna de las rupturas de Keynes en vida (la de Robertson, por ejemplo) se atribuyen a la forma en la que atacaba el cuerpo de doctrina heredado (Marshall y Pigou básicamente) en un intento de provocar la atención general sobre su propio discurso. Sus estudios sobre la acumulación dieron contenido a un nuevo libro, *Ensayos sobre la teoría del crecimiento económico* (8), en el cual se destaca entre los factores determinantes de las posiciones de equilibrio a largo plazo a la tasa de acumulación de las empresas, motor principal de la expansión sostenida. La improbabilidad del mantenimiento de una posición de equilibrio a largo plazo con pleno empleo —lo que llama la edad de oro— le lleva a criticar los remedios clásicos frente al desempleo propuestos por Robertson —el descenso en los salarios monetarios—, tratando de extender la teoría de Keynes al largo plazo. En este último punto, la posición mantenida por Joan Robinson se separa de la sostenida por la Teoría del Excedente, que argumenta que a largo plazo las variables tienden a gravitar hacia sus valores naturales en el sentido clásico.

La Universidad de Cambridge, una de cuyas cátedras ocupara Joan Robinson, que ya había visto producirse en su seno en la última década del siglo pasado la integración marshalliana de la revolución marginalista, y en los años treinta, la revolución keynesiana, asistiría en los años sesenta a un nuevo asalto contra el edificio neoclásico inspirado en la obra de Sraffa y de la propia Joan Robinson, entre otros. La controversia que se suscitó entre la escuela neo-keynesiana de Cambridge (Massachusetts, USA) sobre la validez y utilidad del análisis agregado habitual de la moderna teoría del crecimiento, fue enormemente acalorada, a lo cual contribuía sin duda alguna una diferencia sustancial en la ideología subyacente en cada uno de los lados (9). A partir de entonces, se ha acentuado el distanciamiento de la escuela inglesa, llegando, en mi opinión, a correr el peligro de un aislamiento indeseable del resto de las líneas de investigación seguidas por otras escuelas. En el seno del Cambridge británico —con importantes ramificaciones hacia Italia, y de mucha menor importancia hacia Holanda, Estados Unidos, Francia, Austria y Alemania— coexisten diferentes líneas de investigación y pen-

(8) Robinson (1962).

(9) Un examen detallado de esta polémica se encuentra en Harcourt (1972).

samiento bien heterogéneas a quienes cohesionan la profunda insatisfacción con la ortodoxia neoclásica. Porque de otro modo no se entiende la proximidad entre neo-ricardianos, neo-marxistas, neo-keynesianos y sraffianos en un conjunto de autores como Joan Robinso, Jon Kregel, H. P. Minsky, S. Weintraub, J. Steindel, L. Passinetti, P. Garegnani, A. Roncaglia, G. Harcourt, K. Bahradawj, M. Nuti, P. Sylos Labini, P. Sraffa, P. Davidson, A. Asimakopoulos, F. Vicarelli y tantos otros. Todos estos autores comparten al menos el deseo de transformar el sistema capitalista por cuanto que no resuelve a entera satisfacción muchos de los problemas «económicos», si bien no conciden en el método más adecuado que debe utilizarse: desde el reformismo del propio Keynes a la revolución social y al colapso del capitalismo de Marx.

Finalmente, quien alguna vez preparara oposiciones, o mejor, se interesara por el estudio de la metodología de las ciencias, seguramente se toparía con un pequeño libro de Joan Robinson sobre *Filosofía económica* en el cual se continen ricas sugerencias acerca de la evolución de la ciencia económica, desde los economistas clásicos hasta los neoclásicos y keynesianos. Sus reflexiones metodológicas sobre la validez del principio de correspondencia de Samuelson para el estudio de la estabilidad de las posiciones de equilibrio a largo plazo, junto con su insistencia en el peligro del abuso en el análisis de la noción de tiempo lógico frente a la noción de tiempo histórico del equilibrio constituyen el contenido de numerosos artículos que combaten los modelos neowalrasianos y que reflejan la influencia directa de Alfred Marshall. De Joan Robinson siempre he admirado el vigor con el que ha tratado de imponer en muchas ocasiones el sentido común entre los economistas, y en otras su propia ideología. Hace algunos meses todavía me sorprendía la energía con la que combatía lo que en su opinión son malformaciones del cuerpo teórico o pretextos para introducir elementos ideológicos particulares (10).

### *El estado actual de la ciencia económica*

El año pasado publicaba Joan Robinson una brevísima nota (11) en la que hacía balance de los logros e insuficiencias de la ciencia económica y en el cual insistía en la vigencia del esquema teórico de la Teoría General de Keynes tal y como ha sido puesto al día por economistas actuales. No

(10) "Shedding Darkness", *Cambridge Journal of Economics*, sep. 1982, páginas 295-297.

(11) "The Current State of Economics", *Contribution to Political Economy*, March, 182, pp. 47-51.

oculta su extrañeza cuando dice que «tenemos la sensación de haber efectuado avances muy importantes en la comprensión de los efectos de la política económica, y sin embargo se llevan a cabo políticas que producen resultados altamente perniciosos». Para Joan Robinson la teoría de la demanda efectiva —el ajuste de la actividad y el empleo a las fluctuaciones de la demanda— explica el alejamiento de las economías occidentales de los niveles de plena capacidad. Frente al punto de vista monetarista —que atribuye el origen de la inflación a la autoridad monetaria—, la opinión de Joan Robinson —ampliamente compartida por los economistas no monetaristas— es que la inflación es un problema político que se origina básicamente en la esfera de la distribución. Bien sea como consecuencia de un empuje de los costes —como en el caso de la energía importada— o debido a una presión fuerte de la demanda, el alza de precios es seguida de una revisión salarial en un proceso que no se detiene mientras la autoridad monetaria sancione la espiral inflacionista inyectando dinero en la economía. Pero es éste un proceso que —en opinión de J. Robinson— no debe atacarse mediante una política contractiva a la Thatcher de graves efectos sobre el ritmo y la actividad económica, sino más bien por un acuerdo negociado sobre la base de una política de rentas.

Todas estas cuestiones suenan a cualquier economista como cuestiones anticuadas. Pero en opinión de la escuela neo-keynesiana todavía se argumenta que el estado tiene instrumentos de política económica para mejorar la evolución de la actividad económica de las naciones y para tratar de regresar en la medida de lo posible a la expansión en pleno empleo de los años cincuenta y sesenta.

Podría ser que el hecho de que se haya oído hablar menos de Joan Robinson en la Universidad durante estos últimos años fuera precisamente símbolo de decadencia del estímulo crítico tan necesario en la institución académica (12). Su ausencia provocará en algunos de nosotros un cierto desamparo, al pensar que ha desaparecido una cabeza privilegiada que ejercía de contrapeso intelectual importante a la ortodoxia vigente.

---

(12) Recientemente, MIT Press ha reeditado sus *Collected Economic Papers*, volúmenes I-V, que abarcan una buena parte de sus artículos escritos durante los más de cincuenta años de intensa vida activa de esta ilustre economista.

## BIBLIOGRAFIA

- GRAM, H., y WALSH, V. (1983): "Joan Robinson's Economics in Retrospect", *Journal of Economic Literature*, 21 de junio, pp. 518-550.
- HARCOURT, G. (1972): *Some Cambridge Controversies in the Theory of Capital C.V.P. 1972*. Existe traducción al castellano en Oikos-Tau, 1975.
- (1982): *The Social Science imperialist*. Routledge & Kegan.
- HICKS, J. (1980-1981): "IS-LM an Explanation", *Journal of Post Keynesian Economics*. Invierno.
- JOHNSON, E. S., y JOHNSON, H. (1978): *The Shadow of Keynes*. Basil-Blackwell, Oxford.
- ROBINSON, J. (1933): *The Economics of Imperfect Competition*. Existe traducción al castellano.
- (1942): *An Essay on Marxian Economics*, 2.<sup>a</sup> ed., 1967.
- (1952): "The Rate of Interest and other Essays". Reeditado como *The Generalization of the General Theory and other Essays*. Londres, MacMillan, 1979.
- (1956): *The accumulation of capital*. Londres, MacMillan, 1956, 65, 69. Existe traducción al castellano en el F.C.E.
- (1960): *Exercices in Economic Analysis*. Londres, MacMillan.
- *Essays in the Theory of Employment*, 2.<sup>a</sup> edición.
- (1962): *Essays in the Theory of Economic Growth*. Londres, MacMillan. Existe traducción al castellano.
- (1962): *Economic Philosophy*.
- *Introduction to the Theory of Employment*.
- *Economics: An Aw Rard Comer*.
- *Freedom and Necessity*.
- (1971): *Economic heresies, Some old — fashioned questions in economic theory*.
- (1980): *Collected Economic Papers*, vols. I-V. MIT Press, 1980. Existe traducción al castellano de los primeros volúmenes en Martínez-Roca.
- (1980): *What are the questions? and other essays, Further Contributions to modern economics*. Armonk, N. Y., M. E. Sharpe.